

JOHN DICKSON CARR
EL HOMBRE HUECO CAPÍTULO XVII
Serie Dr. Gideon Fell

LA DISERTACIÓN SOBRE CUARTOS CERRADOS

Un mundo de novela... www.miscolecciones.org

EL CAFÉ ESTABA sobre la mesa; las botellas de vino, ya vacías; los cigarros, encendidos, Hadley, Pettis, Rampole y el doctor Fell se hallaban sentados en torno a la luz que derramaba una lámpara de pantalla roja, en el vasto y penumbroso comedor del hotel de Pettis. Se habían quedado allí después de haberse ido la mayoría de los huéspedes, y sólo unas pocas personas permanecían sentadas a la mesa en esa hora muelle y plena de las tardes invernales en que el fuego resulta más confortable y los copos de nieve comienzan a caer menudamente detrás de las ventanas. Bajo el sombrío fulgor de una armadura y los escudos de armas, el doctor Fell parecía más que nunca un barón feudal. Echó una ojeada despectiva a su café, que diríase iba a tragar con taza y todo; hizo un amplio ademán de resolución con su cigarro y se aclaró la garganta.

—Ahora disertaré —anunció con amable firmeza— sobre la mecánica general y desarrollo de la situación conocida en la literatura policíaca bajo el nombre de «habitación herméticamente cerrada».

Hadley emitió un gruñido.

—Déjelo para otro momento —sugirió—. Nadie tiene deseos de escuchar ninguna disertación después de este excelente almuerzo, y especialmente cuando hay tanto por hacer. Bien, como decía hace unos minutos...

—Disertaré ahora sobre la mecánica general y desarrollo de la situación conocida en las novelas policíacas bajo el nombre de «habitación herméticamente cerrada» —repitió el doctor Fell con tono inexorable—. ¡Ejem! Todos los que se opongan pueden saltar este capítulo. ¡Ejem! ¡Comencemos, señores! Habiendo nutrido mi espíritu de literatura sensacional durante los últimos cuarenta años, puedo decir que...

—Si va usted a analizar las situaciones imposibles —lo interrumpió Pettis—, ¿para qué hablar de las novelas policíacas?

—Porque ésta es una novela policíaca —replicó el doctor con franqueza—, y no debemos intentar engañar al lector pretendiendo que no lo es. No inventemos complicadas excusas para traer a cuento un examen de los relatos policíacos. Gloriémonos sinceramente de perseguir los más nobles objetivos posibles para los

personajes de un libro.

«Pero prosigamos: al analizarlos, no pienso dar pie a una discusión intentando sentar reglas. Quiero hablar únicamente de gustos y preferencias personales. Podremos parafrasear a Kipling del siguiente modo: “Hay sesenta y nueve maneras de construir una trama policíaca y cada una de ellas es buena”. Ahora bien; si yo dijera que cada una de ellas es igualmente interesante para mí, sería (para expresarlo tan urbanamente como sea posible) un mentiroso infame. Pero no se trata de eso. Cuando digo que una historia sobre una habitación herméticamente cerrada es más interesante que cualquier otra cosa en la literatura policíaca, es simplemente por prejuicio. Me gusta que los crímenes sean muchos, sangrientos y grotescos. Me gusta, además, que una trama tenga cierta intensidad de colorido y fuerza imaginativa, puesto que no puedo hallar apasionante una historia por el único motivo de que da la impresión de haber podido ocurrir en realidad. No me interesa escuchar el zumbido de la vida cotidiana; prefiero, con mucho, la risa sofocada del gran Hanaud y las fúnebres campanas de Fenchurch St. Paul. Admito que todo esto es un despreocupado y alegre prejuicio racional, y no entraña crítica alguna a trabajos más tibios (o más competentes).

»Pero debemos señalar esto porque algunas personas que no admiten ni la más ligera fantasía insisten en considerar sus preferencias como reglas. Usan, como un estigma de condenación, la palabra “improbable”. Y con ello atraen engañosamente a los incautos a su propia creencia de que improbable significa simplemente malo.

»Pues bien: me parece razonable hacer ver que la palabra improbable es justamente la última que debería usarse para condenar un relato policíaco. Gran parte de nuestra afición a las novelas policíacas se basa justamente en la afición a lo improbable. Cuando A es asesinado, y B y C son objeto de fuertes sospechas, es improbable que D, al parecer inocente, sea el culpable. Pero lo es. Si G tiene una coartada perfecta, confirmada por el juramento de todas las demás letras del alfabeto, es improbable que G haya cometido el crimen. Pero lo ha cometido. Cuando el detective recoge una partícula de carbonilla en la ribera, es improbable que algo tan insignificante tenga alguna importancia. Pero la tiene. En suma, se llega a un punto en que la palabra improbable pierde todo sentido. Nada puede ser considerado probable hasta el final de la historia. Algunos vejestorios, yo por ejemplo, solemos preferir que el crimen sea, al fin, obra de una persona de la que no se había sospechado. Mal podemos entonces admitir la queja de que ésta tenía, para cometerlo, menos motivos verosímiles que aquél de quien se sospechó primero.

»Cuando se lanza el grito de “¡Esto nunca podría suceder!”, cuando se protesta a causa de los maniáticos homicidas y de los asesinos que dejan tarjetas, sólo se está declarando lo siguiente: “No me gusta este tipo de relatos”. Esto es bastante justo. Si no se gusta de ellos, se tiene toda la razón del mundo para decirlo. Pero cuando se transforma esta cuestión de gusto en una norma para juzgar el mérito y aun la

verosimilitud del relato, lo que uno declara es esto: “Esta serie de acontecimientos no puede suceder porque a mí no me gustaría que sucediera”.

»Tomemos como ejemplo la habitación herméticamente cerrada. Esta situación ha estado sometida a un fuego más recio que ninguna otra por el motivo de ser poco convincente.

»La mayor parte de las personas, tengo el placer de decirlo, siente afición por el cuarto cerrado. Pero, en esto reside la condenada dificultad, aún los amigos de esta situación se sienten con frecuencia dudosos. Admito alegremente que yo mismo lo estoy a menudo. Así, pues, por el momento todos estamos de acuerdo a este respecto, de modo que veamos ahora qué podemos descubrir. ¿Por qué nos asaltan dudas cuando oímos la explicación del problema del cuarto cerrado? De ningún modo porque seamos incrédulos, sino, tan sólo, porque nos sentimos vagamente desilusionados. Y partiendo de este sentimiento, no es más que natural avanzar un ilegítimo paso más y llamar a todo el asunto increíble, imposible o, lisa y llanamente, ridículo.

»En suma —tronó el doctor Fell apuntando con su cigarro—, ocurre precisamente lo que nos estaba diciendo hoy O'Rourke acerca de las situaciones improbables en la vida real. ¡Por Dios!, ¿qué queda para las historias, señores, si hasta nos burlamos de lo improbable cuando tiene lugar en la realidad? El hecho de que sólo merced a una treta el prestidigitador salga airoso de esas situaciones, nos desilusiona. Cuando las mismas se dan en una novela policíaca, las llamamos increíbles; cuando acaecen en la vida real y nos vemos forzados a darles fe, nos limitamos a llamar decepcionante la explicación. Y el porqué de ambas desilusiones es el mismo: esperamos demasiado.

»Lo que ocurre es que el efecto es tan mágico que en cierto modo esperamos que también lo sea la causa; y cuando comprobamos que no se trata de hechicería, decimos que todo es una payasada. Y esto difícilmente podría considerarse juego limpio. Lo último de que deberíamos quejarnos con respecto al criminal es de su conducta excéntrica. Toda la cuestión se limita a lo siguiente: ¿puede llevarse a cabo la treta? Si la respuesta es afirmativa, la cuestión de cómo es llevada a cabo no viene al caso. Un hombre huye de una habitación cerrada con llave... Y bien, puesto que, al parecer, ha violado las leyes de la naturaleza para nuestro entretenimiento, ¡el Cielo sabe si tiene derecho o no a violar las leyes de la Conducta Probable! Si un hombre se ofrece a ponerse cabeza abajo, no es posible estipular que al mismo tiempo ha de mantener los pies sobre el piso. Al juzgar, señores, tengan esto en cuenta. Llamen al resultado poco interesante, si quieren, o cualquier otra cosa que sea cuestión de gusto personal; pero tengan mucho cuidado de no declarar insensatamente que es improbable o traído por los cabellos».

—Muy bien, muy bien —dijo Hadley revolviéndose en su asiento—. Yo mismo no me siento muy fuerte en la materia. Pero si insiste usted en dar una conferencia..., al parecer con cierta aplicación a este caso...

—Sí.

—Entonces, ¿por qué tomar el caso de la habitación herméticamente cerrada? Usted mismo dijo que el asesino de Grimaud no es nuestro mayor problema. El principal enigma lo constituye ese asunto de un hombre muerto de un tiro en medio de una calle desierta...

—¡Ah!, ¿eso? —dijo el doctor Fell con un movimiento de la mano tan despectivo que Hadley se quedó mirándolo—, ¿es ése el principal enigma? Yo encontré la explicación apenas oí las campanas de la iglesia. Hablo seriamente. Es la huida de ese cuarto lo que me preocupa. Y a fin de ver si hallamos un hilo conductor, esbozaré someramente algunos de los diversos medios de cometer asesinatos en cuartos cerrados, clasificándolos separadamente. Este crimen entra en una de las clasificaciones. ¡Tiene que entrar! No importa cuán amplias puedan ser las variantes; ésta no es más que una forma particular de unos pocos métodos centrales.

«¡Hum! ¡Ja! Ahora bien. He aquí nuestro recinto, con una puerta, una ventana y sólidas paredes. Al analizar los medios de fugarse cuando puerta y ventana están cerradas, no mencionaré el ruin (y hoy día poco frecuente) ardid de contar con un pasaje secreto que conduce al cuarto cerrado. Esto rebaja a tal punto una novela policíaca, que un autor que se respete apenas si necesita mencionar que no existe tal pasaje. No tenemos por qué analizar las variantes menores de este abuso: el panel que tiene apenas el ancho suficiente para dejar pasar una mano, o el agujero disimulado en el cielo raso a través del cual se baja un cuchillo, reponiéndose luego el tapón de un modo imposible de descubrir, y esparciéndose polvo en el piso del desván de encima, de modo que parezca que nadie anduvo por allí. Todas éstas no son, repito, sino variantes menores de un mismo principio, ya sea la abertura secreta pequeña como un dedal o grande como la puerta de un pajar... En cuanto a una clasificación legítima, podría usted anotar algunos de los siguientes casos, señor Pettis...».

—Muy bien —dijo Pettis, que escuchaba sonriente—. Prosiga usted.

—¡Primero! Tomemos el crimen cometido en una habitación herméticamente cerrada que está realmente herméticamente cerrada y de la cual ningún asesino se ha fugado porque en verdad ningún asesino estaba en ella. Explicaciones:

1. No es un asesinato, sino una serie de coincidencias que terminan en un accidente que parece un asesinato. A una hora temprana, antes de que se hubiera echado la llave al cuarto, ha habido un robo, un ataque, o se ha causado destrozos en el mobiliario que sugieren una lucha con un asesino. Más tarde la víctima se muere accidentalmente o se desmaya en un cuarto cerrado con llave, y se supone que todos estos incidentes han tenido lugar al mismo tiempo. En este caso la causa de la muerte es generalmente una fractura del cráneo. Se presume que ha sido causada con un garrote, pero se debe en verdad a algún mueble. Puede tratarse de la esquina de una mesa o del borde aguzado de una silla; pero el objeto más común es el

guardafuego de hierro de la chimenea. Entre paréntesis, el guardafuego asesino ha estado matando gente de manera que hace pensar en un crimen desde la aventura de Sherlock Holmes con el Hombre Cojo. La solución más ampliamente satisfactoria de la trama de este tipo, en la que hay un asesino, es la de El misterio del cuarto amarillo, de Gastón Leroux, la mejor novela policiaca que se ha escrito.

2. Es un asesinato, pero la víctima es impulsada a matarse a sí misma o a sucumbir por una muerte accidental. Esto puede lograrse por el efecto de una habitación encantada, por sugestión; o, más frecuentemente, por un gas que se introduce desde afuera en la habitación. Este gas o veneno produce un frenesí en la víctima, que empieza a despedazar cuanto se encuentra en la habitación, dejándola como si hubiera habido una lucha, y muere de una puñalada que se infiere a sí misma. En otras variantes se traspasa el cráneo con el espigón de la araña se cuelga de un lazo de alambre o hasta se estrangula ella misma.

3. Es un asesinato, pero cometido mediante algún aparato mecánico previamente colocado en la habitación y oculto de un modo imposible de descubrir en algún mueble de aspecto inocente. En el momento oportuno, el asesino pondrá el aparato en movimiento; pero puede tratarse también de una máquina que, funcionando automáticamente, no requiera la presencia del mismo. Puede ser alguna diabólica invención moderna creada por la ciencia de nuestros días. Tenemos, por ejemplo, el mecanismo que actúa como un arma de fuego escondido en el receptor telefónico, que dispara una bala contra la cabeza de la víctima cuando ésta levanta el receptor. Tenemos la pistola con un cordel atado al gatillo y que es tirado por la dilatación del agua al helarse. Tenemos el reloj que dispara una bala en cuanto se le da cuerda, y (ya que los relojes son tan populares) tenemos el ingenioso reloj de pared que comienza a hacer sonar una campana espantosamente estruendosa que tiene en la parte superior, de modo que cuando uno se empina para detener el ruido, deja caer, con sólo tocarlo, la hoja de una espada que le abre a uno el estómago. Tenemos el peso que se desprende del cielo raso, y el que le aplasta a uno el cráneo desde el alto respaldo de una silla. Está el lecho que exhala un gas mortal al ser calentado por el cuerpo, la aguja envenenada que no deja rastros, la...

—Ya ven ustedes —dijo el doctor Fell subrayando cada punto con su cigarro—; cuando nos vemos embrollados con estos dispositivos mecánicos, nos hallamos más en la esfera de las situaciones imposibles que en la de los cuartos cerrados. Se podría continuar indefinidamente con la lista, aun limitándonos a los aparatos

mecánicos para electrocutar. Una cuerda colocada ante una hilera de cuerdas está electrizada; un tablero de ajedrez está electrizado. Hasta un guante puede estar electrizado. La muerte acecha en cada pieza del mobiliario, aun en un frasco de té. Pero todo esto parece no tener aplicación el caso que nos ocupa, de modo que pasemos al siguiente:

4. Es un suicidio que se intenta hacer aparecer como un asesinato. Un hombre se apuñala con un carámbano; el carámbano se derrite, y no hallándose ninguna arma en el cuarto cerrado, se supone un asesinato. Un hombre se dispara un tiro con un revólver sujeto al extremo de un elástico; el revólver, al ser soltado, queda oculto dentro de la chimenea. Como variaciones de esta treta (sin relación con los cuartos cerrados) tenemos la pistola atada a un peso que cae al agua por encima del parapeto de un puente después de disparado el tiro, y, en el mismo estilo, la pistola arrojada por una ventana a un ventisquero.

5. Es un asesinato cuyo problema proviene de una ilusión y una caracterización. A saber: la víctima, cuando aún se la supone viva, yace sin vida en un cuarto cuya puerta es observada. El asesino, vestido como la víctima o confundido con ésta al ser visto de atrás, se precipita en el cuarto; inmediatamente se despoja de su disfraz y sale de la habitación con su verdadera apariencia. El que observa queda con la impresión de que dos hombres iban a trasponer simultáneamente el vano de la puerta, y que uno de ellos, el asesino, dejó pasar al otro, la víctima. El matador tiene así una coartada, puesto que, más tarde, al descubrirse el cadáver se supondrá que el crimen fue cometido algún tiempo después de que la persona que se había hecho pasar por la víctima entrara en la habitación.

6. Es un asesinato que, aunque cometido por alguien que estaba fuera de la habitación en el momento del hecho, parece exigir la presencia del matador dentro de la misma.

—Al explicar este tipo de asesinato —dijo el doctor Fell, interrumpiendo su disertación—, lo clasificaré bajo el nombre general de Crimen a Larga Distancia o de Carámbano, puesto que generalmente es una variación de ese principio. He hablado de carámbano; ustedes comprenden lo que quiero decir. La puerta está cerrada con llave, la ventana es demasiado estrecha para dejar pasar a un asesino; sin embargo, al parecer, la víctima ha sido apuñalada en el interior de la habitación, y el arma no aparece. Bien, el carámbano fue disparado como una bala desde fuera (no analizaremos si esto es práctico, como no analizamos los misteriosos gases anteriormente mencionados) y se ha disuelto sin dejar rastros. Creo que Anna Katherine Green ha sido la primera en usar este ardid en la

literatura policíaca, en una novela llamada Sólo las iniciales.

«Dicho sea de paso, a Anna Katherine Green se debe el comienzo de numerosas tradiciones. En su primera novela policíaca creó, hace ya más de cincuenta años, la leyenda del secretario asesino que mata a su patrón, y estoy seguro de que las estadísticas actuales probarían que el secretario sigue siendo el asesino más corriente en literatura. Los mayordomos han pasado de moda hace ya largo tiempo; el inválido de la silla de ruedas es demasiado sospechoso, y la plácida solterona de edad madura hace tiempo que ha renunciado a la manía homicida para convertirse en detective. Los médicos también se comportan mejor hoy en día, a menos, por supuesto, de que se vuelvan eminentes y se transformen en Sabios Locos. Los abogados, si bien persisten en seguir infames, sólo en pocos casos son activamente peligrosos. ¡Pero los ciclos recomienzan! Edgar Allan Poe, hace ochenta años, inició una modalidad llamando a su asesino Goodfellow[16]; y el más popular de los escritores de misterio modernos hace precisamente la misma cosa llamando a su archivillano Goodman[17]. Entretanto, esos secretarios son todavía la gente más peligrosa de tener en casa.

»Continuando con lo relativo al carámbano, se dice que los Médicis lo emplearon como arma homicida, y en uno de los admirables cuentos de Fleming Stone se cita un epigrama de Marcial para demostrar que tuvo su origen mortífero en Roma, en el primer siglo de la era cristiana. Bien; era disparado, arrojado o lanzado desde un arco como en una aventura de Hamilton Cleek (aquel magnífico personaje de las Cuarenta caras). Variantes del mismo tema, proyectiles solubles, han sido las balas de sal gema y hasta las balas hechas con sangre congelada.

»Esto ilustra lo que quiero decir cuando hablo de crímenes cometidos en el interior de una habitación por alguien que estaba fuera de ella. Hay otros métodos. La víctima puede ser apuñalada con la delgada hoja de un bastón de estoque introducida a través de las enredaderas de una glorieta; o puede ser apuñalada con una hoja tan delgada que no sabe que está herida y se encamina a otra habitación antes de caer súbitamente muerta. O es inducida a mirar por una ventana, y, en seguida, nuestro viejo amigo el hielo le atraviesa el cráneo desde arriba, pero ningún arma aparece, porque el arma se ha disuelto.

»Bajo este encabezamiento (aunque podría ir igualmente bien bajo el número tres), podríamos catalogar los asesinatos cometidos por intermedio de culebras e insectos venenosos. Las culebras pueden no sólo ser escondidas en cofres y cajas de caudales, sino también en floreros, libros, lámparas y bastones. Hasta recuerdo un divertido caso en el que la boquilla de ámbar de una pipa, grotescamente tallada en forma de escorpión, nace a la vida de repente como escorpión real cuando la víctima se la lleva a la boca. Pero el que les recomiendo, señores, como el mejor de los asesinatos a distancia cometidos en un cuarto cerrado, es el relatado en uno de los más brillantes cuentos cortos de la historia de la literatura policíaca. (De hecho, alcanza la suprema e intangible excelencia de Las manos de Mr. Ottermole, de Thomas Burke; El hombre del pasaje, de Chesterton, y El problema de la celda

número 13, de Jacques Futrelle). Es El misterio de Doomdorf, de Melville Davisson Post... y el asesino a larga distancia es el sol. El sol pasa a través de la ventana del cuarto cerrado, convierte en vidrio ustorio una botella que está sobre la mesa, llena de puro y blanco licor de alcohol metílico, y enciende por su intermedio el pistón de un revólver que cuelga en la pared, de modo que la víctima muere de un balazo en el pecho mientras yace en su cama. Después tenemos... ¡Despacio! ¡Ejem! ¡Ja! Mejor será que no me desvíe del tema. Pondré punto final a esta clasificación con la última subdivisión»:

7. Éste es un crimen que depende de un efecto exactamente opuesto al del número 5. Esto es, se supone muerta a la víctima mucho antes de que en realidad lo esté. La víctima yace dormida (narcotizada pero ilesa) en un cuarto cerrado. Las llamadas a la puerta no consiguen despertarla. El asesino manifiesta una fingida alarma, fuerza la puerta, se precipita en el interior del cuarto y mata a la víctima de una puñalada o cortándole la garganta, haciendo creer entretanto al resto de los presentes que han visto algo que en verdad no han visto. El honor de la invención de este recurso corresponde a Israel Zangwill, y desde entonces ha sido usado en muchas formas. Ha sido puesto en práctica (generalmente apuñalando) en barcos, en casas ruinosas, en invernáculos, en desvanes y aun al aire libre, donde la víctima ha dado un traspie y se ha desmayado antes de que el asesino se incline sobre ella. De modo que...

—¡Espere!, ¡un momento! —intervino Hadley, descargando un puñetazo sobre la mesa para atraer la atención. El doctor Fell se volvió con complacencia y lo miró con aire afable. Hadley prosiguió—: Todo esto quizá esté muy bien; ha considerado usted todas las situaciones que se pueden presentar en cuartos cerrados...

—¿Todas? —bufó el doctor Fell abriendo los ojos desmesuradamente—. Por cierto que no. Ni siquiera he considerado con amplitud los métodos de esta clasificación particular; no he hecho más que un tosco bosquejo improvisado; pero dejaré que quede así. Iba ahora a hablar de la otra clasificación: la de los diversos medios de acomodar puertas y ventanas de modo que puedan ser cerradas por el lado de adentro. Así, pues, señores, continúo...

—Todavía no —dijo el comisario con obstinación—. Discutiré el asunto desde su propio punto de vista. Dice usted que podemos obtener un hilo conductor estableciendo las diversas maneras en que pudo haberse ejecutado la maniobra. Ha establecido usted siete puntos, pero si se trata de aplicarlos a nuestro caso todos ellos deben ser excluidos, basándose en el propio encabezamiento de su clasificación: «Ningún asesino huyó de la habitación, porque ningún asesino estaba realmente en ella en el momento del crimen». ¡Todo queda en la nada! Porque la única cosa que sabemos en definitiva, a menos que supongamos que Mills y la Dumont han mentado, es que el asesino estaba realmente en la habitación. ¿Qué me

dice usted de esto?

Pettis se habla sentado en el borde del asiento, y el fulgor de la lámpara con la pantalla roja hacía brillar su cabeza calva cada vez que se inclinaba sobre un papel en que escribía. Estaba tomando pulcras notas con un lápiz de oro. Al oír las últimas palabras de Hadley levantó sus ojos saltones, que parecían más saltones que nunca, y algo sorprendidos.

—Pues... sí —dijo, con una breve tos—. Pero este punto número 5 me parece sugestivo. ¡Una ilusión! ¿No podrían «Mills y la señora de Dumont no haber visto a nadie en realidad entrando por aquella puerta; no podrían haber sido embaucados de algún modo; no podría ser todo el asunto una ilusión como las que produce una linterna mágica?

—¡A mí con ésas! —dijo Hadley—. ¡Perdón! Yo también pensé en eso. Anoche le estuve insistiendo a Mills sobre este punto, y esta mañana cambié algunas palabras más con él. Cualquiera cosa que haya sido el asesino, no fue una ilusión, y pasó efectivamente por aquella puerta. Era lo bastante sólido para hablar y golpear una puerta. ¿Conviene usted en esto, Fell?

El doctor hizo un desconsolado movimiento afirmativo con la cabeza. Abstraídamente, dio unas chupadas a su cigarro apagado.

—¡Oh, sí!, convengo en eso. Era bastante sólido, y entró efectivamente en el cuarto. —Y aun concediendo que lo que sabemos no es la verdad —continuó Hadley mientras Pettis llamaba al mozo para que les sirviese más café—; aun concediendo que lo que vieron los testigos fueron sólo imágenes de una linterna mágica, la imagen de una linterna mágica no pudo matar a Grimaud. Fue una pistola maciza en una mano maciza. Y en cuanto a los demás puntos, Dios sabe que Grimaud no fue muerto por un dispositivo mecánico. Más aún, no se mató a sí mismo... haciendo luego que la pistola desapareciera por la chimenea, como ocurre en su ejemplo. En primer lugar, un hombre no puede pegarse un tiro desde una distancia, tan grande; y en segundo lugar, el revólver no pudo subir por la chimenea, cruzar los techos hasta llegar a la calle Cagliostro, dispararle a Fley y caer en tierra una vez cumplido su cometido. ¡Mal rayo, Fell, estoy hablando como usted! Me estoy dejando llevar demasiado por sus maneras de pensar. Espero una llamada de la oficina en cualquier momento y quiero volver a la cordura. ¿Qué le pasa?

El doctor Fell, que tenía sus ojillos desmesuradamente abiertos y clavados en la lámpara, dejó caer lentamente el puño sobre la mesa.

—¡La chimenea! —exclamó—. ¡La chimenea! ¡Cielos! Me pregunto si... ¡Señor! ¡Hadley, qué asno he sido!

—¿Qué pasa con la chimenea? —preguntó el comisario—. Hemos comprobado que es imposible escapar por ella.

—Sí, por supuesto; pero no quise decir eso. Empiezo a vislumbrar un destello de luz, aunque podría ser el destello de un desatino. Tengo que echarle otro vistazo a esa chimenea.

Pettis sonrió y golpeteó sus notas con el lápiz de oro.

—De todos modos —sugirió—, podría usted poner punto final a este análisis. Convengo con el comisario en una cosa: quizá sería mejor que esbozara las formas de utilizar puertas, ventanas y chimeneas.

—Las chimeneas, lamento decirlo —prosiguió el doctor Fell, volviendo a experimentar, en cuanto salió de su abstracción, el placer con que había estado hablando—, no están favorecidas como medios de fuga en la literatura policíaca..., excepto, por supuesto, como pasajes secretos. En ese carácter resultan insuperables. Tenemos la chimenea hueca con el cuarto secreto detrás, la parte posterior del hogar que se abre como una cortina, el hogar que gira hacia afuera..., hasta la habitación debajo del suelo del hogar. Además se puede dejar caer toda clase de cosas por las chimeneas, especialmente cosas ponzoñosas. Pero el asesino que huye trepando por ellas es muy poco frecuente. Además de estar muy cerca de lo imposible, es un asunto mucho más sucio que darse maña con puertas o ventanas. De las dos clasificaciones principales: puertas y ventanas, la puerta es con mucho la más popular, y podemos por tanto clasificar unos cuantos métodos de maniobrar con ellas de modo que parezcan tener la llave echada por dentro:

1. Operando con la llave que ha quedado puesta en la cerradura. Éste era el método preferido antiguamente, pero sus variantes son demasiado conocidas hoy día para que alguien lo use seriamente. El paletón de la llave puede ser alcanzado y hecho girar con pinzas desde fuera. Nosotros mismos hicimos esto para abrir la puerta del estudio de Grimaud. Un pequeño mecanismo práctico consiste en una pequeña varilla delgada de metal, de unos cinco centímetros de largo, a la que se amarra un cordel resistente. Antes de abandonar la habitación se introduce esta varilla en el ojo de la llave de manera que funcione como una palanca; se deja caer el cordel al suelo y se lo pasa por debajo de la puerta al otro lado: al tirar de él, la varilla hará girar la llave. Después se sacude el cordel hasta lograr que la varilla caiga al suelo, y luego se la arrastra hacia uno por debajo de la puerta. Hay varias aplicaciones de este mismo principio, y en todas ellas se hace uso de un cordel.

2. Sacar simplemente la espiga de los goznes de la puerta sin tocar el cerrojo o cerradura. Ésta es una limpia treta conocida por la mayor parte de los escolares, que la ponen en práctica cuando quieren asaltar un aparador cerrado con llave; claro está que los goznes deben hallarse del lado de afuera de la puerta.

3. Operando con el cerrojo. También aquí se echa mano de un cordel; esta vez se utiliza un mecanismo de alfileres y agujas de zurcir por medio del cual el cerrojo se cierra desde afuera por la acción de palanca de un

alfiler clavado en el lado de adentro de la puerta, y el cordel se saca a través del agujero de la cerradura. Philo Vance, ante quien me descubro, nos ha mostrado una óptima aplicación de esta treta. Hay variaciones más simples, pero no tan efectivas. Una de ellas es la siguiente: se practica un lazo, más o menos flojo, en el extremo del cordel; se hace pasar el lazo alrededor de la manija del cerrojo y el cordel por debajo de la puerta. El cerrojo se corre tirando del cordel hacia la izquierda o hacia la derecha. Luego, mediante un tirón se hace saltar el lazo de la manija, y la cuerda se arrastra hacia afuera. Ellery Queen nos ha mostrado otro método, que implica la utilización del mismo muerto..., pero una descripción escueta de ese método, sacado del contexto, parecería tan descabellada que cometeríamos una injusticia con ese brillante caballero.

4. Maniobrando con una aldaba. Este método consiste, por lo general, en colocar entre la aldaba y la hembrilla algún objeto que se sacará después de cerrada la puerta desde fuera, permitiendo así que la primera caiga dentro de la segunda. Hasta ahora no se ha encontrado, para ello, nada mejor que utilizar un cubo del siempre servicial hielo; pues como éste se derrite, evita la segunda parte del procedimiento. Hay casos en que un portazo basta para hacer caer la aldaba en la hembrilla.

5. Una treta simple, pero efectiva. El asesino, después de cometer su crimen, ha cerrado la puerta con llave desde afuera y se ha guardado la llave. Se supone, sin embargo, que la llave está todavía en la cerradura, del lado de adentro. El asesino, que es el primero en provocar la alarma y encontrar el cadáver, rompe el vidrio superior de la puerta, mete a través de él su mano, con la llave escondida en ella, y pone la llave en la cerradura, abriendo así la puerta desde adentro. Esta estratagema también se puso en práctica rompiendo un panel de una puerta ordinaria de madera.

»Hay métodos diversos, tales como el de cerrar una puerta por fuera y volver la llave al interior de la habitación por medio de una cuerda, pero ya pueden ver ustedes por sí mismos que en este caso ninguno de ellos puede tener aplicación. Encontramos la puerta cerrada por dentro. Bien: hay muchas formas en que podría haberse hecho eso..., pero no se hizo, porque Mills estuvo vigilando la puerta todo el tiempo. La habitación sólo estaba cerrada con llave en un sentido técnico. Estaba vigilada, y eso lo desbarata todo».

—No me gusta traer a colación lugares comunes —dijo Pettis arrugando la frente—, pero parecería bastante sensato decir que hay que excluir lo imposible, y que lo que reste, por improbable que resulte, debe ser la verdad. Usted ha excluido la puerta; supongo que también lo ha hecho con la chimenea, ¿verdad?

—Sí —gruñó el doctor Fell.

—Entonces volvemos, moviéndonos en un círculo vicioso, a la ventana, ¿no es cierto? —preguntó Hadley—. Ha estado usted machacando sobre los métodos que evidentemente no han podido usarse. Pero en este catálogo de sensacionalismo ha omitido usted mencionar el único medio de salida que el asesino pudo, efectivamente, haber usado...

—Porque no se trata aquí de una ventana cerrada, ¿no lo ve usted? —exclamó el doctor Fell—. Podría contarle no pocos métodos mediante los cuales el asesino, desde afuera, hubiera podido hacer que la ventana apareciera como cerrada desde dentro. Métodos que incluyen desde las tretas más primitivas, como, por ejemplo, la de utilizar falsos clavos, hasta las más recientes, verbigracia la de hacer añicos uno de los cristales de la ventana, dar vuelta cuidadosamente el pestillo, y luego, al retirarse, reemplazar sencillamente el cristal fijándolo con masilla, de modo tal que parezca ser el original. Pero ocurre que la ventana que nos preocupa no estaba cerrada con cerrojo, ni siquiera estaba cerrada: ella es, tan sólo, inaccesible.

—Me parece haber leído algo sobre moscas humanas... —sugirió Pettis.

El doctor Fell meneó la cabeza.

—No discutiremos la posibilidad de que alguien pueda trepar por una pared enteramente lisa. Puesto que he aceptado alegremente tantas cosas, podría admitir también eso. Pero es evidente que, para hacerlo, ese alguien tendría que haber partido de alguna parte y llegado a otra. Sin embargo, no hemos encontrado una sola huella ni en el tejado ni en el suelo —el doctor Fell se golpeó las sienes con los puños—. De todos modos, si quiere usted algunas sugerencias al respecto, le diré que...

Se detuvo y levantó la cabeza. Atropelladamente, una figura había penetrado en el apacible y ya entonces desierto comedor. Hadley lanzó una exclamación ahogada cuando se dio cuenta de que era Mangan. El muchacho miró a un lado y a otro, vacilando, y luego se precipitó hacia ellos. Estaba pálido.

—No hay nada nuevo, ¿verdad? —preguntó Hadley con la mayor frialdad posible. Empujó hacia atrás su silla—. No habrá nada nuevo acerca de abrigos que cambian de color o...

—No —dijo Mangan. Estaba de pie junto a la mesa, respirando afanosamente—. Pero sería mejor que fueran ustedes allá. Algo le ha ocurrido a Drayman, un ataque apoplético o algo así. No, no está muerto ni nada por el estilo. Pero está mal. Trataba de ponerse en comunicación con ustedes cuando tuvo el ataque... No cesa de hablar desatinadamente sobre algo que había en su cuarto, y sobre fuegos artificiales y chimeneas.